

”F”

Nada más llegar al almacén aquella tarde, el Padre Anselmo me entregó una nota con la dirección donde había que ir a recoger unas cajas con libros, revistas y demás; papel en definitiva. Dijo que no eran demasiadas y que bastaría con que fuéramos el Toni y yo solos, y así lo hicimos. La dueña resultó ser una viuda rica setentona, amiga personal del Padre Anselmo. La casa era una especie de mansión enorme, excesivamente recargada con infinidad de cuadros y piezas de arte, seguramente de gran valor pero de dudoso gusto.

En total había dieciséis cajas, la mayoría de tamaño medio y el resto pequeñas, que pesaban un huevo, eso sí; seguramente menos que una lavadora, pero pesaban. Como teníamos por costumbre nos tomamos el asunto con calma, sin agobiarnos, parando cada diez o quince minutos para echar un pitillito.

Un par horas después regresamos al almacén. Fede y Gaspar nos echaron una mano con las cajas y en poco rato las descargamos de la furgoneta y las apilamos en una esquina, para que las viera el Padre Anselmo que, por cierto, ya se había marchado. En vista de que el Padre Anselmo ya no volvería hasta la mañana siguiente, decidí echarles un vistazo. Fede también se unió a la apertura de varias con la esperanza de encontrar algo interesante, o sea; revistas de tías en pelotas o videos porno. Cosa que acabó por abandonar después de referirle yo a la paisana que nos las había entregado, una beata de las de toda la vida, y al descubrir una caja repleta de estampitas con infinidad de santos se retiró dejándome solo, cariacontecido y decepcionado. Sin embargo, yo sí encontré algo interesante. Una de las cajas más pequeñas contenía un buen número de cuadernillos tipo cuartilla. Todos estaban escritos a mano y con la misma caligrafía; todas mayúsculas y fácilmente legibles. Había muchos con poesías más bien extrañas y excesivamente enrevesadas. Yo, que no soy amante de esto tipo de literatura, leí un par de ellas y no las entendí.

Demasiadas metáforas para mi nivel intelectual. También había unos cuantos con citas literarias, varios diarios y diferentes y variados tipos de anotaciones, casi todas de medicina. Uno de los últimos me llamó la atención porque estaba abombado, lo abrí y descubrí en la contraportada el contorno de una llave pegada contra el cartón con cinta aislante de color gris. La liberé de su asfixiante mortaja y me la guardé en el bolsillo. El cuaderno parecía una especie de diario con cientos de anotaciones. Leí varias al azar que me picaron la curiosidad, por lo que decidí guardarlo entre mis pantalones y la camiseta y lo escondí debajo del asiento de la furgoneta. Ya en mi habitación del Centro, que comparto con Fede, extoxicómano al igual que yo mismo y el resto de los inquilinos, me pasé buena parte de la noche leyendo las anotaciones. Como ya he dicho había cientos, de las que sólo reproduciré algunas de las que me parecieron más interesantes.

Día 1. He procedido a encadenar a “F” en la mina abandonada. Sabía que el tiempo corría en mi contra, pero no pude evitar excederme más de lo que hubiera deseado en ultimar los preparativos. Supongo que en realidad tuve suerte de concluir la tarea en el momento mismo de la transformación, escapando en el último segundo. Sólo ahora, en la tranquilidad de mi casa, soy consciente del peligro al que me vi sometido por voluntad propia.

Día 4. Sigue mostrando un comportamiento de lo más hostil. Desde que me ve llegar hasta que me marchó intenta atacarme sin descanso. No ha comido nada de lo que le he traído. Hoy he probado con carne cruda que tampoco ha probado.

Día 16. Continúa mostrando el mismo comportamiento agresivo, sin indicios de reconocimiento. En cambio, hoy es el primer día que le he visto comer. Se trataba de un cachorro de gato siamés, que le lancé a las manos a escasos metros y que atrapó torpemente despedazándolo al instante y que devoró con ansia acto seguido. La comida que le traje con anterioridad continua derramada por el suelo. Me llama la atención que la luz no le afecte lo mas

mínimo al incidirle en los ojos, estando sumido como está en completa oscuridad hasta mi llegada.

Día 50. Hoy le he proporcionado el 18º animal, un perro pequines, y al entrar no se ha mostrado tan agresivo como en los días precedentes, parece que ha descubierto que soy yo quién le proporciona el alimento. Pero sigo sin poder acercarme.

Día 97. “F” ha dejado de gruñir al verme. Sabe que le traigo comida y espera paciente a que se la arroje. Me he situado a solo un metro mientras devoraba la presa y es la primera vez que no ha intentado atacarme. Creo que vamos progresando.

Día 167. Hace meses que no demuestra hostilidad alguna hacia mi persona y devora las presas en silencio, sin gruñir como al principio. Sigue sin querer alimentos que no estén vivos.

Día 233. Hoy le he llevado unas gafas y las ha observado muy atento durante varios minutos, girándolas en sus manos. Finalmente hizo el amago de ponérselas pero no fue capaz y acabó por dejarlas caer al suelo. Pero es evidente que ha reconocido el objeto.

Día 255. Cada vez le cuesta menos reconocer los objetos. Hoy le he llevado un cepillo de dientes y no ha tardado en metérselo en la boca, restregándose por los dientes. He permanecido casi cinco minutos a su lado y no hizo amago de atraparme.

Día 365. Para celebrar su año en cautividad al fin me decidí a llevarle un ser humano. Se trataba de un vagabundo que engañé ofreciéndole un dinero por ayudarme en el transporte de unos fardos. Receloso recorrió a mi lado los túneles. Al descubrir a “F” intentó huir espantado, pero se lo impedí empujándolo contra él. Gruñó como hacía meses que no sucedía y en escasos segundos le desgarró el cuello a mordiscos. Antes de irme le pegué un tiro en la cabeza al vagabundo, mientras “F” le devoraba las tripas.

Día 422. Tal vez no fuera buena idea proporcionarle seres humanos, ya que hoy a punto ha estado de atraparme en cuanto inicié el acercamiento. Volveré a alimentarlo tan sólo con animales.

Día 501. Definitivamente a recuperado nuevamente la calma. Hoy he vuelto a permanecer durante varios minutos a su lado y no ha hecho amago de atacarme, limitándose a pasar las hojas del libro que le entregué después de comerse otro gato callejero.

Día 706. Hoy le he colocado una gorra en su cabeza. Mientras lo hacía me ha agarrado de un brazo, mirándome extrañado. Presa del pánico intenté tranquilizarlo con palabras y enseguida me ha soltado sin iniciar el ataque. Después de unos minutos, que necesité para recuperar mi pulso ordinario, he comprobado que las cadenas continuasen firmemente amarradas en la roca.

Día 1123. El deterioro de su piel continúa progresivamente. Un pequeño trozo de su pómulo derecho se le ha desprendido dejando a la vista la masa ósea de su calavera.

Día 1394. Al fin ha pronunciado su primera palabra reconocible. Su pronunciación me ha recordado a Ana Sullivan, la niña sordomuda de aquella película de hace años. Estoy muy contento y orgulloso de “F”. Vamos por buen camino.

Día 1578. Ya es capaz de repetir cualquier palabra que yo le transmito, pero dudo que distinga su significado. Tampoco dice nada por sí mismo. Únicamente se limita a repetir mis palabras, de forma lenta y gutural pero claramente reconocibles.

Día 1690. En cuanto he llegado he percibido una aptitud extraña en “F”, no sabría explicar el qué, pero mi instinto me ha mantenido alejado un tiempo, antes de iniciar la aproximación. A un par de metros de la línea que delimita el territorio que puede abarcar, me he detenido a la espera. Al comprobar que no me acercaba más, se ha abalanzado con los brazos extendidos prorrumpiendo en sonoros alaridos. No alcanzo a entender su comportamiento repentino después de más de dos años y medio sin intentar devorarme. Tomaré precauciones.

Día 1713. Se ha producido un hecho insólito. Al arrojarle un cachorro de perro le ha arrancado la cabeza y en vez de devorarla me la ha lanzado con fuerza, errando el blanco por centímetros. En estos últimos veintitrés días no he podido acercarme a menos de tres metros sin que intente atraparme.

Día 1827. A pesar del deterioro, más acuciado en su cara, aún conserva buena parte de su piel. Sus ojos son completamente blancos, sin pupilas, pero creo que sigue conservando la visión puesto que es capaz de seguir mis movimientos con su cabeza. Llevo meses sin intentar acercarme. Mucho me temo no poder volver a hacerlo.

El resto de anotaciones, de ahí hasta la penúltima, manifestaban pocos datos significativos, repitiendo hasta la saciedad que ya no podía acercarse al tal “F”. La última anotación pertenecía al día 2656, más de siete años según mis cálculos, y decía lo siguiente:

Llevo tres semanas postrado en cama y sé que mi fin está próximo. Desconozco que será de “F” a partir de este momento, pero mi debilidad a causa de la enfermedad ya no me posibilita el volver a la mina. No he tenido valor para hacer partícipe de mi secreto a ninguno de mis familiares, amigos o simplemente conocidos. Mi deseo hubiera sido dejar a “F” a cargo de alguien, pero finalmente no he sido capaz de encontrar a ninguna persona digna de mi confianza para desarrollar tal labor. Con la esperanza de que alguien, algún día, encuentre este cuaderno, dejaré la llave que abre el candado de la mina pegada en la contraportada. La mina está situada en Bogó, a la salida del pueblo, girando por el primer camino de la derecha que conduce, tras un par de kilómetros por una pista de tierra sin asfaltar, hasta la misma entrada.

Después había dibujado un plano de las galerías de la mina, trazando en rojo el camino hasta llegar a una gran F. Debajo había un par de líneas más, escritas con mano temblorosa que me llevó un rato descifrar.

Solo espero que ni mi mujer, ni mis hijos, descubran este cuaderno jamás. Y sí por azar recayera en manos de algún desconocido, encontrando la curiosidad y el valor suficiente de

acercarse hasta la mina, que sepa continuar con mi trabajo y, ojalá, que sus progresos sean más satisfactorios que los míos propios.

Finalizada la lectura me acosté en mi cama, al lado de la de Fede que ya llevaba un buen rato roncando, intentando hallar algún sentido a tan inverosímil historia, a pesar de parecer fruto de una mente perturbada o de excesiva imaginación. Supongo que en el fondo me atraía la idea de que fuera real. Era algo tan alucinante...

Al día siguiente interrogué al Padre Anselmo procurando no mostrar excesivo interés.

-¿Sabe cuando enviudó la buena señora? –le pregunté después de dar un pequeño rodeo.

-Pues... unos cuatro años. ¿Por qué lo preguntas, hijo?

-No, por nada. Simple curiosidad. ¿Y en qué trabajaba el marido? No parecían pobres, que digamos.

-Pues no, la verdad es que no –dijo el Padre sonriendo-. Era un prestigioso neurocirujano, aunque llevaba ya unos años que no ejercía, desde que le diagnosticaron un cáncer años antes de morir. Demasiado duró, creo yo.

Preferí no insistir volviendo al almacén antes de que el Padre Anselmo recelara de mi repentina curiosidad. La información aportada me resultó lo suficientemente interesante, no necesitaba saber más.

Dando por sentado, cosa que seguía sin tener nada claro, de que el tal “F” permaneciera en la mina abandonada, cuatro años me parecían demasiados para una criatura sin alimentarse en todo aquel tiempo. Pero sólo había una manera de descubrir si la historia era cierta o no y de si aquel espécimen habría fallecido tras años de abandono.

Conocía el pueblo de Bogo y también de la existencia de una mina de carbón abandonada, agotados sus recursos, a principios de los años ochenta. Supongo que lo leí en el periódico o alguien lo comentó y se me quedó grabado en el cerebro.

El sábado por la tarde no trabajábamos y después de comer me llevé la Express, que el Padre Anselmo no tenía inconveniente en que utilizara (llevaba cinco años desenganchado y me había ganado su confianza), y en menos de una hora aparqué el coche a la entrada de la mina. La puerta era de hierro con barrotes medio oxidados. Una gruesa cadena, también ferruginosa, situada alrededor de la cerradura inexistente impedía abrir la puerta más allá de unos centímetros. Haciendo uso de la llave encontrada la introduje en el candado, del tamaño de medio paquete de tabaco, y la llave giró sin problemas abriéndolo al instante. Bueno... al menos la llave sí que era de allí. ¿Sería cierta la historia, entonces? Encendí la linterna que cogí del coche y mi ritmo cardíaco fue en aumento a medida que avanzaba por las galerías, siguiendo el plano que había copiado del dibujo en una hoja de papel. Allí no había absolutamente nada de valor, excepto piedras y arena, lo que explicaba que la entrada estuviese tan pobremente protegida. A medida que me acercaba a la gran F, agucé el oído en busca de algún sonido que me alertara de una supuesta presencia. Pero no escuché otra cosa que no fueran mis propios latidos en desenfundada galopada. Avancé un poco más por el último túnel que desembocaba en la falsa bóveda sin salida donde presuntamente encontraría a "F". Unos metros antes de llegar vi una silla de madera llena de polvo y un par de lámparas de gas situadas a los lados. La hora de la verdad había llegado. En escasos segundos se resolverían todas mis dudas. Antes de entrar lancé unas piedras contra la silla y emití un poderoso "¡Eh!" que retumbó contra las estrechas paredes de la mina hasta que su sonido se fue alejando, paulatinamente, hasta desaparecer por completo. Después de aquello, nada. Absoluto silencio. Sin tenerlas todas conmigo me acerqué hasta la silla y muy lentamente, conteniendo la respiración, fui girando la linterna hacia el lado izquierdo. Mi corazón dio un vuelco de 360°. Una figura humana, envuelta en harapos, se encontraba acurrucada contra la pared del fondo, con la cabeza agazapada entre los brazos, a unos ocho o nueve metros de mi posición. Armándome de valor avancé un par de pasos para observarlo mejor, en busca de algún signo de vida. Me situé a unos cinco metros y no observé movimiento

alguno. Se encontraba inmóvil por completo. Siseé un par de veces y grité con moderación, pero no se movió. Llegué a la conclusión de que aquel espécimen estaba tieso. Retrocedí hasta la silla y agarré una de las lámparas arrojándola hacia la pared del fondo, muy cerca de él, pero sin llegar a tocarlo. No hizo falta. En cuanto la lámpara chocó contra el muro desentumeció todos sus miembros con dificultosa lentitud, mientras emitía unos desgarradores alaridos que me congelaron la sangre de mis desintoxicadas venas. Salí escopetado más asustado de lo que lo he estado nunca, tropezándome con las paredes de la angosta galería en una carrera frenética y desesperada por encontrar la salida. Segundos después recuperé parte de mi dominio. Me detuve consciente de que aquella alocada carrera lo único que iba a lograr es que me perdiera en aquel laberinto de túneles. Me apoyé contra el muro, intentando recuperar el aliento y poner en claro mis ideas.

Resulta que todo lo que había en el cuaderno era cierto. ¡Era increíble! O sea, que aquel viejo lo había alimentado con animales y también con al menos siete seres humanos, que yo recordara de las anotaciones. ¡Vaya con el neurocirujano!

No sé cuanto tiempo permanecí allí dándole vueltas al tarro, pero debió ser bastante. Una vez serenado, dentro de lo que cabe, decidí regresar. Entre otras razones por que no sabía dónde estaba y necesitaba orientarme con el plano si quería salir de allí. El zombi, o “F”, o como se llamara, se encontraba en pie, con los brazos extendidos hacia mí, braceando sin descanso y emitiendo pavorosos alaridos. No tenía apenas piel en su cara, mostrándome su calavera con un sólo ojo blanquecino. Un ancho grillete de hierro unido a una gruesa cadena clavada en el muro, lo mantenía sujeto por el cuello. También sus tobillos estaban encadenados con grilletes. Intenté tranquilizarlo como había leído que hacía el viejo, pero no dio resultado. Después de un rato decidí salir de allí, tan confuso como horrorizado, deseoso de ver la luz y respirar aire puro.

Aquella noche no pude pegar ojo y acabé por leer el cuaderno de nuevo. Efectivamente, el viejo Doctor le había llevado siete vagabundos a aquel insólito muerto viviente. Yo creía que algo tan increíble y aterrador solo pasaba en el cine. Estaba claro que me equivocaba.

Durante los días siguientes le di innumerables vueltas al asunto, y sobre sí debía o no hacer algo al respecto. Finalmente decidí ser consecuente conmigo mismo y llevar a cabo lo que siempre pensé que haría si me topara con uno de estos seres. Años atrás, viendo una película de zombis, con Fede, Gaspar y algunos más, se planteó el tema de si seríamos capaces de reventarle los sesos a uno de aquellos muertos vivientes, en el hipotético caso de ser atacados por uno. Ya ves tú, la tontería. Yo no dudé ni un segundo y fui el primero en contestar afirmativamente, totalmente convencido de ello, además. Y lo que es la vida, ahora se me presentaba tan descabellada coyuntura.

Reconozco que me dio canguis acercarme hasta la mina entre semana. Cuando salíamos de trabajar era ya noche cerrada y preferí esperar hasta el sábado y acercarme por la tarde, como la primera vez. Un antiguo colega de mis tiempos de drogodependiente a jornada completa, me prestó una pipa y me pasó un par de chinas que yo le pedí, para relajarme antes de mi actuación estelar. No tuve que explicarle para qué necesitaba la pistola, él tampoco mostró interés en saberlo, ni le referí el asombroso y terrorífico descubrimiento.

Al sábado siguiente volví a entrar en la mina poco después de las cinco de la tarde. El porro que me había fumado de camino logró mitigar en gran medida la tensión acumulada con el paso de los días. De no ser por los pavorosos gruñidos y alaridos del amigo "F", estoy seguro que me habría dado la risa. Antes de llegar debió notar mi presencia y cuando le enfoqué ya estaba de pie, con los brazos extendidos, braceando como un poseso, o como un boxeador sonado lanzando mandobles al aire. Le pedí muy cortésmente que cerrara un poco la boquita, sus berridos me martillaban en el cerebro, pero no me hizo ni caso. Entonces saqué la pipa decidido a acallararlo de una vez por todas y para siempre. Le apunté a la frente a menos de cinco metros, convencido de

que disparándole en el cerebro moriría como en las películas. Sin embargo, no sé muy bien lo que me sucedió, pero lo cierto es que no fui capaz de apretar el gatillo. Tal vez fue el miedo, el remordimiento, incluso la lastima, o puede que todas esas sensaciones juntas, no lo sé. Nunca le había disparado a nadie y después de un rato me di cuenta de que tampoco lo haría en aquella ocasión. Puede que al estar encadenado e indefenso, sin posibilidad de atraparme, me imposibilitara llevar a cabo mi propósito. Seguramente de haber estado suelto, persiguiéndome con antropófagas intenciones, no habría dudado, pero no era el caso. Salí de la mina decepcionado conmigo mismo y sintiendo una extraña sensación de pesadumbre en mi interior.

Ha transcurrido casi un año desde aquella última visita a la mina. Nunca más he vuelto y dudo que lo vuelva a hacer. Tampoco se lo he contado a nadie y mi intención es la de seguir preservando este secreto. ¿Quién me iba a creer? Sí, ya sé, podría llevarlo hasta la mina, pero creo que prefiero pasar del tema. En cierto modo me da lastima el pobre “F”, condenado a vivir en la muerte, o lo que sea, durante sabe Dios cuanto tiempo más, encadenado en aquella oscura y húmeda mina. Ahora sé que tendría que haberlo matado y que su alma y cuerpo descansaran de una vez, pero... si no tuve valor la primera vez, ¿quién me garantiza que de volver no me ocurrirá lo mismo?

Para no caer en la tentación me deshice de la llave hace tiempo. También prendí fuego al diario del viejo Doctor, borrando así cualquier pista y la posibilidad de que alguien lo descubra. Mi intención, a día de hoy, es llevarme el secreto a la tumba. Sólo hay una cosa que me intranquiliza sobremanera. El Doctor lo había encadenado antes de la transformación, ¿eso qué significaba? ¿Qué había sido mordido por otro? Y en tal caso, ¿cuántos de estos zombis pululaban por el mundo? Estas preguntas son las que me despiertan cada noche empapado en fríos sudores, incapaz de encontrar una respuesta que me satisfaga.

Cenobita, febrero de 2007.